

¿Cómo citar este artículo?

Apellidos, Nombre (del autor del texto) (2007). “Título” (del artículo), en Pérez Redondo, R.J. y Martín Cabello, A. (Coords.) *Castilla-La Mancha: 25 años de autonomía*. Toledo: ACMS, pp. (de inicio y final del artículo).

CIVILIZACIÓN, DESCIVILIZACIÓN, INFORMALIZACIÓN Y GUBERNAMENTALIDAD: NUEVAS APORTACIONES AL MODELO TEÓRICO DE NORBERT ELIAS

Fernando Ampudia de Haro
Universidade Nova de Lisboa

Resumen: Esta comunicación pretende recoger nuevas aportaciones al modelo del proceso civilizador formulado por Norbert Elias. En concreto se analiza la posibilidad de la “descivilización”, la aparición del concepto de “informatización” y, por último, se añaden las contribuciones de los teóricos de la “gubernamentalidad”.

Palabras clave: Civilización, informalización, gubernamentalidad, Norbert Elias.

1. INTRODUCCIÓN

Las líneas maestras de la teoría del proceso de la civilización asumen que la conducta y las emociones individuales son progresivamente autocontroladas en paralelo a la constitución del Estado y su monopolio de la violencia, el incremento de la diferenciación social, la especialización funcional y la interdependencia. Como proceso no planeado e inintencional ocupa siglos sin que exista un “punto cero” de partida equiparable a la incivilización total. Tampoco se contempla un momento final asimilable a la absoluta civilización. No posee, pues, sentido teleológico aunque ello no nos impide hablar de un proceso estructurado con una dirección detectable que en el nivel “micro” se identifica con el autocontrol del comportamiento y los afectos y en el nivel “macro” con la pacificación y complejización del espacio social (Elias, 1987).

La formulación inicial de la teoría ha conocido posteriormente complementos y correcciones aunque tampoco hayan faltado enmiendas a la totalidad (Bauman, 1997). De tales complementos y correcciones van a ocuparse las páginas que siguen. Para ello se expondrán de forma sintética algunos de los desarrollos que ha conocido tal teoría y que orientan en la actualidad gran parte de la investigación de raigambre eliasiana. En primer lugar, se abordará la problemática que plantean aquellas dinámicas sociales de signo descivilizador y la posibilidad de coexistencia junto a otras de signo civilizador. En segundo lugar se presenta el concepto de “informalización” como modo de caracterizar el estado actual del proceso civilizatorio en las sociedades occidentales. Por último, se propone un enriquecimiento de la matriz explicativa legada por Elias gracias a la contribución de los teóricos de la “gubernamentalidad”; teóricos de inspiración foucaultiana.

2. LA POSIBILIDAD DE LA DESCIVILIZACIÓN

Con lo que Mennell (2001) llamó “la otra cara de la moneda”, a saber, las tendencias descivilizatorias, la atención del sociólogo se desplaza hasta una variada gama de desarrollos sociales presididos por la violencia, la brutalidad represiva y la exclusión social. El caso paradigmático que ilustraría una suerte de “estado general des-civilizado” lo constituye el periodo nacionalsocialista en Alemania, que a su vez lleva inevitablemente a considerar temas anexos como el holocausto y los campos de exterminio (Elias, 1996). Aún así, no resulta difícil encontrar a lo largo del siglo XX muestras en igual sintonía: estalinismo, maoísmo, jémeres rojos o la limpieza étnica en la antigua Yugoslavia pudieran ser algunos de ellos. ¿Cómo explicar, por tanto, tales casos de acuerdo con la teoría del proceso civilizatorio? O, en otras palabras, ¿cómo conjugar la posibilidad de movimientos simultáneos en sentido descivilizado o civilizado en el marco de una sociedad concreta? En términos globales y sintetizando las aportaciones de distintos autores (Mennell, 1990; Fletcher, 1997; Dunning y Mennell, 1998), la respuesta quedaría como sigue.

Todo proceso social está sometido a un balance que en tensión contrapone tendencias centrípetas, conducentes a la integración de la sociedad, y centrífugas, responsables de su desintegración (Sánchez, 2007). El proceso de la civilización, tal y como Elias lo describe desde la Edad Media hasta el siglo XIX, supondría constatar el predominio de las tendencias centrípetas frente a las centrífugas. Dicho predominio presenta una doble concreción dependiendo del nivel de análisis que consideremos. En el nivel “macro” conlleva la constitución de monopolios estables sobre la fuerza física, una mayor longitud de las cadenas de interdependencia, un incremento de la especialización funcional, la creciente identificación entre grupos sociales, la reducción de las diferencias de poder y la reclusión de la violencia entre los bastidores de la vida social. En el nivel “micro” se corresponde con la emergencia de estándares de conducta y afectividad autocontrolados que comportan flexibilidad y empatía, un tipo de personalidad restringida por coacciones internas esgrimidas en nombre del pudor, la vergüenza o el desagrado y una modalidad de pensamiento racionalizado no comprometido ni implicado emocionalmente.

Hablar de predominio no significa negar la presencia del componente centrífugo e incluso considerar que en algún momento éste resulte dominante. Siendo así y de nuevo distinguiendo un doble nivel de análisis, podría decirse que en términos “macro” ello conlleva la fragmentación del monopolio sobre la fuerza física, el acortamiento de las cadenas de interdependencia, la desidentificación y exclusión entre grupos sociales, el aumento de las diferencias de poder y la presencia manifiesta de la violencia en la vida social. En términos “micro” se alumbra un estándar de conducta y afectividad heterocontrolado proclive al desarrollo de pautas mentales significativamente intolerantes y autoritarias que, a su vez, son afines a cierta volatilidad emocional, desconfianza y resquemor ante el

prójimo. De este modo, el predominio de las tendencias centrífugas permitiría que hablásemos de descivilización.

Con todo, deben efectuarse una serie de precisiones relativas a este concepto. Se ha distinguido entre procesos descivilizadores a corto o largo plazo (Mennell, 1989). Los primeros vendrían a durar al menos tres generaciones vinculándose a cambios sociales que alteren el balance autocontrol/heterocontrol introduciendo imprevisibilidad en la vida de la sociedad y generando psicológicamente miedo en los individuos. Derrotas militares, revoluciones o desempleo crónico y generalizado son ejemplos que, hechas las salvedades pertinentes, podrían encajar en esta categoría. Los segundos remiten de forma continuada a un conjunto de condiciones susceptibles de provocar el colapso de una sociedad; aquéllas que explicarían el declinar de la interdependencia y la diferenciación social abocando a resultados socialmente desintegradores. Al respecto, se ha querido ver en el declive de los grandes imperios antiguos ejemplos de procesos descivilizadores a largo plazo. Al cabo, se trata de una posible ejemplificación teniendo en cuenta que resulta hartamente complicado elaborar una teoría general y estructural en torno a tal colapso. En cualquier caso, tanto civilización como descivilización no designan estados sociales fijos y absolutos sino tendencias y dinámicas en continua interacción. Y así como no existe un “punto cero” de absoluta descivilización corregido gracias al avance de la civilización, tampoco lo civilizado es irrevocable, antes bien, no está de más recordar su provisionalidad y contingencia.

A estas precisiones hemos de añadir las realizadas en lo que toca al Estado. Elias, deudor de los planteamientos de Max Weber, entiende que aquél, en tanto monopolizador de la violencia, se construye paulatinamente mediante la competencia y eliminación de unidades que aspiran a la hegemonía monopolística. Se reduce el margen de utilización de la violencia privada hasta estabilizarse el monopolio que, por añadidura, implica la pacificación del espacio social y una renuncia obligada a la fuerza particular en las relaciones entre grupos e individuos. La lógica descrita concibe la violencia como elemento reductible por parte del Estado al ser titular de su control: por eso, la debilidad, crisis y fragmentación estatales podrían provocar un regreso a la violencia ejercida por particulares. Empero, ésta también es susceptible de retornar al primer plano de mano del Estado quien, manteniendo intacto su monopolio, aplicaría niveles extremos de fuerza sobre grupos concretos con miras a una integración social que incluye la eliminación o confinamiento en los márgenes de la sociedad de aquellos grupos. Esta posibilidad ha recibido por parte de Swann (2003) el nombre de “discivilización”, que incluiría, como añadido, el fomento intencional de la desidentificación entre grupos sociales y la categorización de uno o varios de estos grupos como “enemigo interno” de acuerdo con un esquema dicotómico establecidos/marginados (Elias, 1994).

Sin lugar a dudas, es la cuestión relativa a la violencia la que tiende a sembrar mayores dudas sobre la capacidad explicativa de la teoría del proceso

civilizatorio; máxime si, como señalé antes, rescatamos algunos de los ejemplos de barbarie habidos en el siglo XX. No obstante, entiendo que la impugnación de dicha teoría empleando como argumento recurrente los niveles de violencia alcanzados a lo largo del siglo pasado supone, por un lado, efectuar una lectura restringida y reduccionista de Elias y, por otro, ignorar cuanto se ha aportado, bien por el propio autor, bien por otros que, inscritos en una línea eliasiana se han ocupado de caracterizar estados sociales des-civilizatorios.

3. CIVILIZACIÓN E INFORMALIZACIÓN

No es extraño encontrar en nuestra sociedad diagnósticos acerca del excesivo grado de permisividad consentida ante ciertas prácticas, conductas y gustos –el “botellón” juvenil, el “top-less” en las playas, las confesiones sexuales en la prensa rosa, las revelaciones íntimas en los “talk-shows” televisivos, la normalización de la violencia en el cine, los videojuegos y la literatura o la procacidad y descaro de series animadas infantiles– que parecen poner en entredicho el grado autocontrol que se le presupondría al individuo en la actual fase del proceso civilizatorio (Ampudia, 2006a). En este sentido, el concepto de informalización ofrece la posibilidad de salvar esta contradicción aparente. Por informalización se entiende un modelo de manejo de las emociones e impulsos otrora censurados que permiten a la persona su expresión sin vergüenza o temor a perder el control sobre ellos (Wouters, 1986, 1998). Este control reflexivo permite la emergencia y expresión de emociones e impulsos relacionados con cuestiones controvertidas y censurables como la violencia, la sexualidad, la intimidad o la subjetividad de la persona. De este modo se superan patrones tradicionales de conducta y emocionalidad fundamentados en la contención, la discreción y la autocensura, amén de habilitarse dosificada y reflexivamente la expresión de conductas y emociones. Así pues, es esta informalización la que en muchas ocasiones tiende a ser conceptualizada como simple relajamiento de las maneras, pérdida de valores o puro descontrol.

El proceso de informalización se desarrolla paralelamente a otra serie de tendencias en el nivel “macro”. Por un lado, la integración social de estratos sociales inferiores. Esta integración se produce en virtud del incremento de los niveles de interdependencia, especialización funcional y diferenciación social. Podría decirse que al igual que la integración social posibilita unos contactos más continuados, abiertos o flexibles entre grupos sociales, del mismo modo se flexibilizan las posibles relaciones entre grupos sociales y condiciones psíquicas – impulsos y emociones– que tradicionalmente se habían asociado con los estratos inferiores de la sociedad. Por otra parte, el proceso de informalización guarda también relación con el desarrollo del Estado de Bienestar: éste fue capaz de garantizar altos niveles de integración social gracias al aprovisionamiento material que dispensa a la ciudadanía en forma de servicios, subsidios o pensiones. Así, el Estado garantiza paz y subsistencia vital. Al cubrirse estas necesidades se crean las

condiciones de posibilidad para que sean satisfechos nuevos deseos e impulsos antes quizá postergados por la falta de garantías en lo relativo a esa pacificación y subsistencia. Así pues y en términos generales, el proceso de informalización mostraría cómo la conciencia se torna más permeable a los impulsos y éstos, al tiempo, son permeados por la conciencia. En este punto, dicho proceso viene a matizar algunos aspectos del modelo civilizatorio eliasiano. En concreto, Elias sostiene que conforme avanza el proceso civilizatorio “la conciencia se hace menos permeable a los instintos y los instintos menos permeables a la conciencia” (Elias, 1987: 495). Elias yerra en su pronóstico porque si bien el autocontrol continúa siendo el medio para ahorrar impulsos y emociones; éste se torna flexible y reflexivo domeñando pulsiones y hábitos antaño censurados. Por consiguiente, la conciencia es permeada por los impulsos y éstos a su vez permeados por la conciencia permitiendo una maleabilidad de la conducta que le permite llegar a extremos antes vetados debido a la controversia moral que suscitaban y que se experimentan sin temor a perder las bridas sobre uno mismo. Así, lo que pudiera parecer inicialmente una carencia de decoro o educación es factible leerlo en términos de control reflexivo: el individuo auto-administra conductas y emociones en un ejercicio continuo de, permítaseme la expresión, descontrol autocontrolado.

4. GUBERNAMENTALIDAD Y CIVILIZACIÓN

La literatura de autoayuda desempeña en el proceso de la civilización una función análoga a la que desempeñaron los manuales de buenas maneras medievales, renacentistas, cortesanos o decimonónicos tiempo atrás. Ésta se desarrolla inicialmente en los Estados Unidos tras la finalización de la Segunda Guerra Mundial, aunque su momento de expansión definitiva se sitúe en los años ochenta (Rose, 1990:213). Sus antecedentes inmediatos los encontramos en los *best-seller* de orientación psicológica relativos a problemas y comportamientos sexuales publicados a finales de los sesenta y durante la década de los setenta, que a su vez tenían en las revistas femeninas su correlato abreviado. Estados Unidos es, pues, el foco irradiador. Desde ahí, su extensión guarda una estrecha conexión con la revitalización de la psicología, más que como disciplina académica, como saber informal –ora trivializada, ora popularizada– en la vida cotidiana. Así pues, este tipo de textos son el nuevo material empírico del cual valerse en la caracterización del proceso civilizatorio en la actualidad (Ampudia, 2006b); textos que elaboran programas de actuación social y de gestión de la subjetividad que implican siempre el desarrollo de un ejercicio reflexivo de la persona sobre sí misma.

En terminología foucaultiana, la literatura de autoayuda puede identificarse con una de las múltiples “tecnologías del yo” que permiten a la persona efectuar por sí misma una serie de operaciones sobre sus ideas, sentimientos y comportamientos, provocando una transformación conducente a la obtención de un cierto grado de felicidad o la consecución de un relativo estado de bienestar psíquico (Foucault, 1990:48). Al hilo de Foucault y de sus estudios en torno al

poder y las racionalidades políticas, una serie de autores que de forma genérica son conocidos como “anglofoucaultianos” han puesto en marcha una interesante y original línea de análisis capaz de contribuir al estudio del proceso de la civilización en nuestros días (Marinis, 1999; Vázquez, 2005). Si, como señalé con anterioridad al referirme al concepto de informalización, la civilización es hoy, fundamentalmente, un hecho reflexivo, parte importante de ello se debe a la configuración de nuevos modelos de comportamiento y emocionalidad en virtud de los dictados de la autoayuda. Estos modelos son el trasunto de un tipo específico de racionalidad política, la identificada como racionalidad neoliberal o liberal avanzada; racionalidad política propia de nuestros días. Por racionalidad política se entiende el haz de objetivos –políticos, sociales, económicos, pedagógicos, espirituales, militares, etc.– perseguidos en el ejercicio del poder, así como los principios que respaldan la consecución de los mismos, principios –libertad, justicia, equidad, responsabilidad, prosperidad, etc.– en nombre de los cuales se materializa dicho ejercicio. Cada variante de racionalidad política posee una concepción propia sobre la naturaleza de los individuos gobernados y, asimismo, articula objetivos, principios y tal concepción según un vocabulario y un discurso particulares (Rose y Miller, 1992:178).

La racionalidad política neoliberal prescinde de la pretensión reguladora, planificadora y previsoras del Estado de Bienestar apostando por economizar, en la máxima medida de lo posible, el ejercicio del poder (Burchell, 1993:289; Rose, 1997:27). A partir de este momento se enfatiza la necesidad de que sean los propios individuos quienes se aseguren personalmente la provisión de determinados bienes y servicios, combatiendo con ello la “cultura de dependencia” promovida por el Estado. En términos prácticos, la racionalidad política neoliberal comporta la paulatina privatización de los servicios de salud, educación, seguridad, pensiones, seguros... en general, bienes y servicios de los que ahora realizará acopio el individuo a título personal acudiendo al mercado para su compra; bienes y servicios dependientes de su capacidad y solvencia económicas (Rose, 1996: 327). Con arreglo a esto, ¿cómo concibe la racionalidad política neoliberal a los individuos que son objeto de gobierno? En consonancia con su intención de economizar el ejercicio del poder, lo que se pretende es que el individuo aporte la mayor cantidad de energía aplicada a su autogobierno (Hyndess, 1997: 103); que sea personalmente autónomo para desarrollar un proyecto de vida optando racionalmente entre una amplia gama de opciones y que autogestione su individualidad. Se abre de este modo una plétora de posibilidades reflexivas y creativas para la intervención del individuo en el diseño de su propio proyecto vital.

Se han creado de este modo las condiciones necesarias para que pueda hablarse, en el ámbito de la gestión de la individualidad, de un marco el que se enfatiza la responsabilidad individual a la hora de garantizar y asegurar la existencia material y psíquica del sujeto (O'Malley, 1996). Tal marco viene a definir un tipo humano que, bajo la nomenclatura de *Homo Prudens*, gestiona su

autonomía como medio para reducir incertidumbres y ansiedades y se responsabiliza de sí mismo en cualquier aspecto vital abasteciéndose en el mercado y desarrollando mecanismos de autovigilancia del comportamiento y la emocionalidad. Y acude al mercado para proveerse de esos medios que satisfagan sus necesidades de seguridad. Sirvan como ejemplos los sistemas de vigilancia privada, test de salud autoaplicables, dietas para el cuidado corporal o, cómo no, publicaciones de autoayuda. En tanto productos proveedores de seguridad, se procura su venta a través de técnicas publicitarias y comerciales que simultáneamente tratan de incitar a su consumo (Burchell, 1993:286). Este *Homo Prudens* es el arquetipo de individuo que preconiza la literatura de autoayuda; un individuo activo que se autorrealiza intentando que sean de calidad cada una de sus decisiones; un individuo que se hace responsable no como ciudadano ni a través de las relaciones de mutua interdependencia, sino al cuidado de sí mismo, privatizando la gestión de su proyecto de vida.

Se abren nuevas vías civilizatorias, ahora centradas en la psique y la subjetividad del individuo. Elias habla del proceso de la civilización como tránsito del heterocontrol al autocontrol. Sin embargo, el autocontrol que preconiza la literatura de autoayuda no es tanto control en el sentido de represión de impulsos, instintos o pulsiones como control en el sentido de autoadministración. La administración de la psique es un ejercicio puramente personal que en ocasiones incluirá la expresión de emociones y pulsiones y en otras contemplará su no manifestación. No se habla, pues, de anularlas o reprimirlas, sino de activarlas selectivamente. Nada, pues, que se corresponda con una pretendida “anestesia de los impulsos” como consecuencia definitiva del proceso civilizatorio (Elias, 1987: 460). Desde la óptica del individuo que se autoayuda; desde la óptica de ese *Homo Prudens*, tal anestesia no llega a producirse puesto que no se contempla en modo alguno como propósito deseable. Al contrario, la clave estriba en habilitar una salida selectiva a dichos impulsos con arreglo a lo que reflexivamente dictamina el individuo. Y así, como puede verse, siempre es posible otra vuelta de tuerca en el proceso de la civilización.

5. NOTA FINAL

La obra de Norbert Elias es suficientemente conocida en nuestro país. Sus libros han sido traducidos y contamos con amplios análisis críticos de sus aportaciones (Béjar, 1993; REIS, 1994; García, 2006) Esto es, sus ideas y conceptos han sido sometidos a examen y comentario y, en este aspecto, cabe afirmar que no estamos ante un desconocido para la comunidad sociológica. Sin embargo, la recepción de Elias en España es todavía hoy de tipo pasivo, es decir, se limita en la mayor parte de los casos al estudio pormenorizado de sus contribuciones pero siempre desde una perspectiva teórica. De este modo, o no se ponen a prueba empíricamente las principales hipótesis formuladas por el autor o no son empleadas en la elaboración de nuevos estudios que supongan una

aplicación práctica de las mismas. No puede hablarse, pues, de una recepción decididamente activa muy al contrario de lo que viene sucediendo principalmente en Holanda o Reino Unido: allí se concentra el grueso de las investigaciones que amplían el legado de Elias a través del desarrollo de estudios originales que sí aplican en términos prácticos los planteamientos del sociólogo alemán. Los ponen en práctica y los amplían y sobre ello estas breves páginas han querido dar cuenta de las cuestiones fundamentales en las que se viene trabajando. Descivilización e informalización son ámbitos de estudio que el propio Elias ya había esbozado tardíamente pero que sólo han alcanzado mayor grado de concreción gracias a investigadores posteriores. Ambas son temáticas que se desgajan del *corpus* central de la teoría del proceso civilizatorio; una suerte de continuación natural del mismo. Por otro lado, las posibilidades que ofrecen los análisis neofoucaultianos en conjunción con la óptica propiamente eliasiana deberían poder arrojar en el futuro fecundos resultados. Se quiere advertir, pues, de las potencialidades que se avistan en estas líneas de investigación. Al respecto, no resultaría ocioso el estudio del proceso civilizatorio español para advertir de este modo sus posibles convergencias y divergencias en relación a otros países de Europa. El desarrollo histórico de España contempla interesantes conexiones entre la identidad nacional y un *ethos* guerrero asociado desde la Edad Moderna a la expansión imperial; idea ésta que reaparecerá con mayor o menor vigor cuando se entiende que esa identidad se encuentra amenazada. Su problemático siglo XX con continuada presencia de golpes de Estado, dictaduras militares, una Guerra Civil observa la apertura de ciclos de violencia que no acaban con la restauración de la democracia, tal y como prueban los actos terroristas de bandas armadas como el GRAPO, ETA o la contrarréplica estatal a cargo de los GAL. Una nueva caracterización de este siglo es factible a partir del cruce de las variables civilización, descivilización e informalización. Al cabo son propuestas que merecen ser consideradas y que contribuirían a que esa recepción que he calificado como pasiva pasase a ser decididamente activa.

BIBLIOGRAFÍA

- AMPUDIA, Fernando (2006a), “Ética y estética de la conducta en los manuales de buenas maneras españoles”, en *Política y Sociedad*, 43 (3): 89-104.
- (2006b): “Administrar el Yo: Literatura de autoayuda y gestión del comportamiento y los afectos”, en *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, 113: 49-75
- BAUMAN, Zygmunt (1997), *Modernidad y Holocausto*, Madrid, Sequitur.
- BÉJAR, Helena (1993), *La cultura del Yo. Pasiones colectivas y afectos propios en la teoría social*, Madrid, Alianza.
- BURCHELL, Graham (1993), “Liberal Government and Techniques of the Self”, en *Economy and Society*, 22 (3): 267-283.
- DUNNING, Eric y MENNELL, Stephen (1998), “Elias on Germany, Nazism and the Holocaust: on the Balance between *civilizing* and *decivilizing* trends in the social

- development of Western Europe”, en *The British Journal of Sociology*, 49 (3): 339-357.
- ELIAS, Norbert (1987), *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, Madrid/Méjico, FCE.
- (1994), *The Established and the Outsiders*, Londres, Sage.
- (1996), *The Germans*, Cambridge, Polity Press.
- FLETCHER, Jonathan (1997), *Violence & Civilization. An Introduction to the work of Norbert Elias*, Oxford/Cambridge, Polity Press.
- FOUCAULT, Michel (1990), *Tecnologías del Yo y otros textos afines*, Barcelona, Paidós.
- GARCÍA, Alejandro N. (2006), *El proceso de la civilización en la sociología de Norbert Elias*, Pamplona, EUNSA.
- HYNDES, Barry (1997), *Disertaciones sobre el poder. De Hobbes a Foucault*, Madrid, Talasa.
- MARINIS, Pablo de (1999), “Gobierno, gubernamentalidad, Foucault y los anglofoucaultianos (O un ensayo sobre la racionalidad política del neoliberalismo)”, en RAMOS, Ramón y GARCÍA SELGAS, Fernando (Eds.), *Globalización, riesgo, reflexividad. Tres temas de la teoría social contemporánea*, Madrid, CIS.
- MENNELL, Stephen (1989), “Short Term Interests and Long-Term Processes: the case of Civilisation and Decivilisation”, en GOUDSBLOM, Johan, JONES, E.L. y MENNELL, Stephen (Eds.), *Human History and Social Process*, Exeter, University of Exeter.
- (1990), “Decivilising Processes: Theoretical Significance and Some Lines of Research”, en *International Sociology*, 5: 205-223.
- (2001), “The Other Side of the Coin: Decivilizing Processes”, en SALUMETS, Thomas (Ed.), *Norbert Elias and Human Interdependencies*, Montreal/Kingston/Londres/Ithaca. McGill-Queen’s University Press.
- O’MALLEY, Pat (1996), “Risk and Responsibility”, en BARRY, Andrew, OSBORNE, Thomas y ROSE, Nikolas (Eds.), *Foucault and Political Reason. Liberalism, neo-liberalism and rationalities of government*, Londres, UCL Press.
- REIS (1994). *Monográfico sobre Norbert Elias*, 65. (Coordinado por Ramón Ramos y Helena Béjar).
- ROSE, Nikolas (1990), *Governing the Soul. The Shaping of the Private Self*, Londres, Routledge.
- (1996), “The Death of the Social? Re-figuring the territory of government”, en *Economy and Society*, 25 (3): 327-356.
- (1997), “El gobierno de las democracias liberales avanzadas: del liberalismo al neoliberalismo”, en *Archipiélago*, 29: 25-40.
- ROSE, Nikolas y MILLER, Peter (1992), “Political Power beyond the State: problematics of government”, en *The British Journal of Sociology*, 43 (2): 173-205.
- SÁNCHEZ, Raúl (2007), “Civilising-Decivilising, formalising-informalising balances on the historical development of figurations” (Artículo inédito).
- SWANN, A de (2003), “Discivilization, Mass Extermination and the State”, en DUNNING, Eric y MENNELL, Stephen (Eds.), *Norbert Elias*, Londres, Sage, vol. 2.
- VÁZQUEZ, Francisco (2005), *Tras la autoestima: variaciones sobre el yo expresivo en la modernidad tardía*, San Sebastián, Tercera Prensa.
- WOUTERS, Cas (1986), “Formalization and Informalization. Changing Tension Balances in Civilizing Process”, en *Theory, Culture & Society*, 3 (2): 1-18.

- (1998), “Sobre la sociogénesis de una tercera naturaleza en la civilización de las emociones”, en WEILER, Vera (Comp.) (1998), *Figuraciones en proceso*, Santafé de Bogotá, Fundación social.
- (2001), “The Integration of Classes and Sexes in the Twentieth Century”, en SALUMETS, Thomas (Ed.), *Norbert Elias and Human Interdependencias*, Montreal/Kingston/Londres/Ithaca, McGill-Queen’s University Press.